

Emilio Manzano se estrena como escritor con 'Pinyols d'aubercoc'

# Silbidos de memoria

ROSA MARIA PIÑOL  
Barcelona

Un hueso de albaricoque puede convertirse en un humilde aunque efectivo silbato si uno se entretiene un buen rato practicando un agujero en una de sus valvas: al soplar por él, la diminuta semilla danzará en su interior favoreciendo el silbido. Éste es uno de los entretenimientos infantiles que evoca Emilio Manzano (Palma de Mallorca, 1964) en el libro que supone su debut como escritor, titulado precisamente *Pinyols d'aubercoc*. Aquellos rudimentarios silbatos, al igual que las conchas de berberecho traídas de la playa y con los años semienterradas en el huerto de la casa familiar, simbolizan recuerdos, son "la memoria de los años perdidos".

Porque de eso tratan las prosas que Manzano ha reunido en este libro: de la memoria del pasado. Son flashes de los veranos infantiles vividos en la casa de los abuelos en Marratxí, evocaciones de instantes felices en un entorno rural casi bucólico, también pinceladas del joven que experimenta sus primeros escarceos amorosos o que más tarde vive en París como un "estudiante modesto". Todo este material autobiográfico alimenta los textos de *Pinyols d'aubercoc*, aunque matizada por la distancia y por la voluntad literaria del autor.

Manzano ha reescrito en este volumen los artículos que con el mismo título publicó durante el año 2006 en *L'Avenç*, cuyo sello editorial publica ahora el libro. "Todo viene de un encargo del director de la revista, Josep Maria Muñoz -explica el autor-, que me propuso escribir una crónica de la trans-

formación de un micromundo rural. Pero lo que tenían que ser unos textos objetivos, fríos, de antropólogo, me salieron muy personales, y empecé sin darme cuenta a tirar del hilo de la memoria familiar. Este libro es, pues, la pervisión de un encargo".

El escritor y periodista -creador y conductor del programa literario *L'hora del lector* en Canal 33- reconoce que ha construido una autobiografía "impredicada". "Es un autorretrato inscrito en un mundo que ya no está, y en el que aparecen personajes que reúnen rasgos de varias figuras de mi familia. He

de niño construía pacientemente. "Son hechos de un mismo material, primigenio y humilde, y los he ido elaborando despacio, con más perseverancia que habilidad, en las horas más crudas del verano", escribe.

Lo que contribuye a la vivacidad de estas crónicas es sin duda la lengua que usa Manzano, construida con el léxico y las formas gramaticales que aprendió de su familia y que "crean sobre el papel una determinada ilusión de oralidad". "Procuro sacar partido de las capacidades expresivas de la variante oriental del catalán, la menos con-



JORDI BELVER

El escritor y periodista Emilio Manzano, fotografiado esta semana en Barcelona

tenido que vencer un cierto pudor, porque aquí está mi vida secreta. Pero una vez estás en tu clima, lo superas, y sólo te preocupa que lo que escribes suene bien. Y si la forma tiene rigor, la parte de confesión íntima queda justificada".

En estos *Pinyols d'aubercoc* se desdibujan las fronteras entre los géneros: pueden leerse ahí prosas poéticas, pequeñas crónicas, anotaciones casi de dietario, textos narrativos, frases aforísticas y "hasta algún microensayo y una novela comprimida". Son textos organizados en una "mezcla armónica" que el autor compara a los silbatos que

taminada de castellanismos -explica el autor. Muchas de estas formas se usaban antiguamente también en Catalunya, pero sólo se preservaron en Mallorca". Manzano, que se instaló a mediados de los ochenta en Barcelona, matiza, sin embargo, que no ha hecho "una transcripción del dialecto mallorquín", sino que ha mezclado "el catalán que escuchaba de mi abuela con el que después aprendí leyendo a Lluís, Salvador Galmés, Llorenç Riber o las *Rondaies* mallorquinas, pero siempre ciñéndome a las normas gramaticales de Francesc de B. Moll".●

Llàtzer Moix



## El eco del eco

Aviso a los padres de criaturas de corta edad: vuelve la *abbamania*. Esta semana se ha estrenado en Barcelona el musical *Mamma Mia!*, inspirado en las pegajosas canciones del cuarteto sueco. Y todo indica que va a ser un éxito. De hecho, ya lo ha sido en las muchas ciudades en las que lleva un tiempo en cartel. En Barcelona, la obra ha vendido 35.000 entradas antes de alzar el telón. Y es de esperar que cuando se estrene la versión hollywoodiense del montaje, con Meryl Streep y Pierce Brosnan, la fiebre *abbaosa* reviente termómetros.

Abba saltó a la fama en 1974, en el acreditado festival de Eurovisión. Con su canción *Waterloo* se impusieron a rivales temibles como Peret, Gigliola Cinquetti u Olivia Newton-John. Ahí arrancó su carrera internacional. Por cierto, 1974 fue también el año del debut de Bad Company -todavía recuerdo la voz quebrada de Paul Rodgers bordando *I can't get enough of your love-*; o el año en que David Bowie cantaba *Rebel, rebel*. Pero estos temas, y tantos otros, no se impusieron a los de Abba. En los ocho años que duró su unión, Abba acumuló munición suficiente para luego vender 370 millones de discos. Y, lo que es más destacable, afianzó, salvando algún que otro bache, una popularidad cuyo eco, merced a los nuevos medios de comunicación masiva, no deja de crecer.

Dice el diccionario que el eco es la repetición de un sonido -o de un ruido o de una fama, podríamos añadir- al reflejarse en un cuerpo duro. El ejemplo clásico es el de una voz emitida bajo una bóveda. Dice también el diccionario que el eco múltiple es el que se repite varias veces, reflejado alternativamente por dos cuerpos duros. Ejemplo: una voz en un paso angosto, rebotando contra dos paredes enfrentadas. Pero, en la época actual, lo que se estila es el

### Un mayor número de canales de comunicación no favorece la diversidad

eco del eco, cuyas posibilidades multiplicatorias son infinitas. Es esta una situación en la que las famas (los ecos) parecen emanciparse y clonarse indefinidamente. Les basta con ocupar el máximo número de canales de comunicación disponibles. Aun a riesgo, claro está, de anular otros mensajes de menor penetración popular. Porque, curiosamente, un mayor número de canales de comunicación no siempre favorece la diversidad cultural; al contrario: propicia la imposición de unos productos y el consiguiente sombreado de los demás.

A veces, en mis peores pesadillas, imagino un mundo en el que ya sólo queda espacio mediático para aquellos que más ruido hacen. Un mundo en el que la música se llama, exclusivamente, Abba; y la arquitectura, Calatrava. Un mundo en el que la literatura se llama Potter; y la pintura, Boter(o). Un mundo en el que cada día se habla más de lo que se habla siempre, y menos de lo que ya se habla muy poco. Un mundo en el que no se difunde lo más interesante, porque ya sólo interesa lo más difundido.

## CRÍTICA DE ÓPERA

# El aristócrata del sobreagudo

Juan Diego Flórez

Lugar y fecha: Gran Teatre del Liceu (30/XI/2007)

ROGER ALIER

El Liceu, lleno hasta los topes, vibró anteanoche como hacía tiempo que no se veía, y el motivo fue la presencia en el escenario del grandioso, extraordinario tenor peruano que está ocupando con absoluta justicia el primer lugar en el mundo de la ópera revitalizada, ya bien entrado el siglo XXI, con las fórmulas del belcantismo romántico italiano y francés que han tenido en Perú desde hace tiempo

unos defensores de relieve. Porque artísticamente hablando, Flórez es hijo de Ernesto Palacio y nieto de Luigi Alva, y ha seguido su mismo repertorio lírico-ligero, pero con el añadido de un timbre de voz bellísimo, único, que reviste todo lo que canta de una pátina de hermosura sin igual.

En un recital en el que cada dos por tres sonaron los *do mal llamados de pecho* e incluso un *re sobreagudo* (en un aria de Bellini), uno podría imaginar a un cantante desmelenándose por el escenario y sufriendo para alcanzar esas notas inverosímiles con tanta frecuencia, pero Juan Diego Flórez es un aristócrata del canto: elegante, tranquilo, con el gesto medido para dar énfasis a sus notas largas y bien timbradas y con un fraseo literalmente fabuloso. Su dicción es impecable tanto en italiano como en un

francés que ya quisiéramos en muchos. Su recital fue para el público del Liceu un acontecimiento de esos que se recuerdan durante años: una noche dada al belcantis-

### Al final de su gran actuación, Flórez saludó durante más de media hora al público enfervorizado

mo más puro, a la elegancia vocal, al refinamiento lírico y a una voz que hoy no tiene parangón alguno en el mundo de la ópera.

Aunque la canción elegida para empezar el recital fue de Mozart (y no de las mejores), sólo escuchar la primera frase de *Misero! O sogno...* ya se podía advertir que nos hallábamos ante un intérprete excepcional; la canción de Bellini (con ecos de Puritani) y el aria de la poco divulgada ópera suya, *Bianca e Fernando*, acabó de confirmarlo por la frescura de la voz y la belleza de sus frases. Molesto por el calor de la sala (y por unas flores de escenario que mandó retirar), Flórez interrumpió unos momentos el recital, pero continuó con creciente soltura y con alardes de agilidad vocal en tres piezas de Rossini y acabó la primera parte en medio de grandes aclamaciones.

La segunda parte fue aún más brillante, con unas canciones de Tosti de preciosa calidad para empear, y con la bellísima romanza *Bella enamorada* (Soutullo y Vert) fabulosamente cantada y *Por el humo se sabe dónde está el fuego*, de Amadeu Vives, como breve episodio dedicado a la zarzuela. El recital terminó con la sentida aria de *Linda di Chamounix Linda, si ritirò* y con cuatro inmensos besos que elevaron la pasión del público hasta una verdadera locura, empezando con *La donna è mobile* de Rigoletto, en la que introdujo un detalle humorístico, al prolongar el agudo final con el pretexto de que el pianista, el elegantísimo Vincenzo Scalerà, no acababa de dar el último acorde... Al final, saludó afablemente durante más de media hora al público enfervorizado que insistió en los ruidosos bravos y vítores como sólo se oyen en los grandes días de la historia del teatro.●